

ría de gentes apacibles y dadas a la broma con el más escéptico encomiamento de hombros.

Estrella, la garrota de Estrella, no tenía par en la defensa del orden y de la conveniencia de cada hijo de vecino. Un garrotazo o más bien la amenaza de un garrotazo, metía a los alborotadores en su casa agachando la cabeza y evitándoles encuentros con la Justicia que maldita la falta que les hacía.

Don Magdaleno, el hombre de mal genio y buena voluntad, consideraba la parroquia como un feudo en que no consentía la entrada de intrusos o transhumantes. La asistencia del enfermo la tomaba como obligación ineludible que jamás abandonaba hasta verle restablecido, considerando el cumplimiento de sus deberes como inexcusables.

Preguntaba por las medicinas tanto como por la enfermedad, como confiando plenamente en ellas, las vigilaba y hacía de ingerir algunas dosis a la fuerza bruta venciendo la repugnancia del enfermo que se ahogaba por no tragar, pero quedaba siempre patente su autoridad, su interés por curar la enfermedad y la necesidad de caminar por lo derecho con relación al médico.

La Escobara vendía los trastos como los alfareros los cacharros en el alfar, de una habitación en otra, mostrando lo que comprendía que iba a llenar más en la vivienda que le explicaban, apañándolo todo muy bien.

Juan Tello hubiera llevado a todo el mundo a la iglesia a la buena de Dios, como si lo llevara a santa Agueda y con la misma facilidad ingenua: veniros, muchachos, que veréis lo bien que estamos aquí. Y les hubiera hecho un zurra en la sacristía, que no era nada malo, porque Juan era pan bendito.

Estos hombres fueron en sus funciones de una rigidez insobornable, aunque luego en el fondo no eran nadie, pero tocante a la obligación según la entendían no se doblegaban por nada, conociendo al personal con que trataban.

Sin la palmeta del Sr. Bernardo no hubiera sido posible meterle la cartilla a aquella caterva de chicos, más listos que el hambre, pero incapaces de fijarse en nada que no fuera buscar comida o hacer diabluras. En la escuela del Sr. Bernardo iba todo a punta de lanza y gracias a eso salieron de ella casi todos los estacionistas.

En todos brillaba el interés por la función que ennoblecía cualquier exceso de los muchos que cometían diariamente, pero a don Magdaleno le amanecía en la punta de la calle de Toledo, a Estrella en el Santo y el Cardaor quitaba él mismo la escarcha para entrar en la escuela o para cerrarla por las noches después de tres jornadas a escuela llena.

Don Magdaleno, que era la mejor cabeza y el más compenetrado con las necesidades públicas, decía a lo último de su ejercicio, aguantando la falta de puntualidad, que mientras el Alcalde no infundiera tanto respeto que al asomarse a la plaza dijeran todos:

—Callar que viene el Alcalde, no podrían marchar las cosas bien. Y quién sabe si tendría razón, porque de otras cosas puede que nos libremos pero de la palmeta estoy en que no.